

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto anterior.

— *Fin* —

ESCENA I

PEÑÚNURI.—KRAUSS.

(Llegan por el fondo).

PEÑÚNURI. Mas explíqueme usted qué pasó, pues no puedo entenderlo. ¿Acaso no ama usted á Ernestina?

KRAUSS. Con pasion volcánica que parece llama de infierno.

PEÑÚNURI. ¿Prefiere usted á Eleonora?

KRAUSS. Devaneo, y no cariño, fueron con ella mis amores.

PEÑÚNURI. Pues entónces, ¿cómo acertar con el enigma?

KRAUSS. Óigame usted.

PEÑÚNURI. Le escucho atento.

KRAUSS. Ya tenía yo relaciones con Eleonora, cuando en su casa conocí á Ernestina. Eleonora, como segura de poseer mi cariño, descuidaba el alimentar el fuego de mi alma. Ernestina empezó á arrojar en ella el combustible de sus miradas. En esa época se presentaba Mister Bull pretendiéndola. Fué el amor propio, viento que sopló en la hoguera de mi pecho, y avivó su incendio. Ernestina prefirió al comerciante rico; pero la que no quiso hacerme su esposo, lo hubiera sido, me hizo su amante, y al hacerme su amante me hizo su esclavo.

PEÑÚÑURI. Pero usted desde hace días iba á casarse con Eleonora.

KRAUSS. Sí; para ver si encontraba una solución á mi estado de angustia y desesperación. Con un título, con un millón, con un ángel como Eleonora por esposa, viajando en Europa, en Egipto, en Asia, podré olvidar, me decía yo: y si no olvido, ya más rico que Ernestina, la arrebataré á su esposo, y seré entonces su rey, y no su esclavo. Me propone usted entonces la fuga, ella me deslumbra con un capital mayor que el de Eleonora, y en medio de tanta lucha, y tanta agitación, y tanto vértigo, me decidí á que huéramos esta noche.

PEÑÚÑURI. Pues cada vez comprendo ménos la conducta de usted.

KRAUSS. El capital de Ernestina estaba en acciones de la Compañía Occidental, y al llegar al baile sé que ha quebrado esa sociedad. Huir con Ernestina, sin tener un capital, cuando ella está ya acostumbrada á tanto lujo, era un absurdo. Volví á mi primer plan: casarme con Eleonora.

PEÑÚÑURI. Pues he aquí que iba usted á hacer un solemne disparate.

KRAUSS. ¿Cómo?

PEÑÚÑURI. Voy á ponerle á usted al tanto de la situación financiera de nuestros personajes. Mister Bull está arruinado.

KRAUSS. ¿Arruinado?

PEÑÚÑURI. Completamente: no le queda más que los muebles de esta casa y las pinturas; podrá sacar de todo, ya sabe usted lo que se pierde al vender, unos treinta mil pesos. Ernestina no tiene más que sus alhajas.

KRAUSS. ¿Nada más?

PEÑÚÑURI. Pero son brillantes, y pueden venderse en Europa por lo ménos en doscientos mil francos. Eleonora...

KRAUSS. Tiene un millón de pesos.

PEÑÚÑURI. No, amigo mio: no tiene ni un céntimo.

KRAUSS. ¿Ni un céntimo?

PEÑÚÑURI. Ni un céntimo. Sabe usted que yo me encargué de recibir el millón, que entregó en oro el banquero del ministro. Pues bien, al día siguiente, recibí orden de entregar á mi

vez el millon en oro al señor Bull, y recibir de él en cambio dos millones en acciones de la Compañía Occidental; de modo, que si ésta ha quebrado, ya comprenderá usted que Eleonora no tiene un céntimo.

KRAUSS. ¿Y qué hacer entónces? Aconséjeme usted.
 PEÑÓNURI. Aquí tiene usted dos pasajes para el vapor que zarpa á las siete para Europa. Los convidados están cenando, y no piensan en otra cosa. Mister Bull les está haciendo los honores. Ernestina se ha retirado á su dormitorio algo enferma, y no la extrañarán. Saliendo por ese pasillo, llegan á mi coche sin que nadie los vea. Pronto serán las seis, y en tres cuartos de hora mis magníficas yeguas pondrán á ustedes en el muelle. Cuando ustedes hayan partido, doy la noticia de la quiebra: Bull y Eleonora se trastornarán, y no pensarán de pronto más que en su ruina; á los demas nada les importa el no ver á ustedes. Es preciso que hable usted inmediatamente con Ernestina: los instantes son preciosos. *(Toca un timbre.—A un criado que se presenta)*. Diga usted á la doncella de la señora, que le avise que el señor Krauss necesita hablarle urgentemente. *(Se va el criado)*. Usted le dice á Ernestina, que lo que hizo fué para desvanecer sospechas, y llevar á cabo la fuga más fácilmente: usted la convence.

KRAUSS. Pero....

PEÑÓNURI. ¡Ah! olvidaba yo la cuestion de fondos. Mientras ustedes arreglan lo conveniente, voy á casa, que está á dos calles, y les traeré cien mil pesos en billetes del tesoro: con esto, que se cambia por oro en cualquier mercado de Europa, y las alhajas, hay para el viaje. Es necesario estar listos dentro de un cuarto de hora. Vuelvo.

(Se va por el fondo).

ESCENA II

ERNESTINA.—KRAUSS.

ERNESTINA. *(Saliendo por la primera puerta de la izquierda)*.

¿Usted me llama, Krauss?

KRAUSS. Yo, Ernestina: yo que necesito explicarte que lo que ha pasado no fué más que una estratagema para desvanecer inquietudes y sospechas; pero que estoy pronto á partir ahora mismo contigo. Aquí tengo los billetes de pasaje, el coche nos espera al pié de ese pasillo, y á las siete parte el vapor que debe conducirnos á Europa.

ERNESTINA. ¿Pero es cierto? Mira que estaba yo muriendo de desesperacion.

KRAUSS. Sí: alístate pronto; la cena se ha prolongado

mucho; pero no tardará en concluir. A las seis debemos salir de aquí: no tenemos más que quince minutos. Un pequeño saco para las joyas es bastante.

ERNESTINA. Voy en el acto. ¿Mas no me engañas aún?

KRAUSS. (*Oprimiéndola en sus brazos*). Te adoro.

ERNESTINA. Vuelvo luego.

(*Ernestina entra en su habitación, y Krauss se va por el fondo*).

ESCENA III

ARLINGTON *solo*.

(*Sale por la segunda puerta izquierda*).

¿Por qué una fuerza irresistible me ha detenido en el baile? ¿Acaso yo, que no creo en el amor, que no creo en nada, amaré de veras á Eleonora? Si amar es sufrir con toda el alma, debo amarla mucho. Dicen que el amor nunca desespera; y va á casarse mañana, y nadie lo duda, ¡y yo espero! Sin duda que esta extraña inquietud es amor. Estarán todos felices y contentos en la mesa, derramando el *champagne* en copas de oro; ¡y yo siento que se derraman mis lágrimas de las copas de mis ojos! Yo era ayer el instantáneo, el excéntrico.... ¿Pero qué mayor excentricidad que amar en estos tiem-

pos, en que el amor si no sirve para burlas, sirve para engaños é infamias? (*Se sienta en el sofá cubriéndose la frente con las manos*). Sí; estoy en mi papel de excéntrico; ¡porque amo mucho!

ESCENA IV

ARLINGTON.—PEÑÚÑURI

(*Al acercarse Peñúñuri por detras de Arlington, le confunde con Krauss*).

PEÑÚÑURI. Aquí está la cartera con los cien mil duros: puede usted partir con Ernestina.

ARLINGTON. Señor Peñúñuri.

PEÑÚÑURI. Señor Arlington: le había confundido á usted con Krauss; fué fortuna que no encontrara á otra persona que descubriese mi secreto.

ARLINGTON. ¿El secreto de usted.... de Krauss.... y de Ernestina?

PEÑÚÑURI. Sí, amigo mio. No temo decirselo á usted todo, pues un mismo interes nos une, porque aquí me estorba usted, y porque necesito que me ayude.

ARLINGTON. ¿Yo?

PEÑÚÑURI. Hace algunas horas le llegué á ofrecer á usted veinte mil pesos, si ántes de tres días

se iba de los Estados Unidos para cualquier parte.

ARLINGTON. Es cierto; pero no he comprendido el objeto de usted.

PEÑÚNURI. Es muy sencillo: quiero deshacerme de un rival, pues sabe usted que amo á Eleonora.

ARLINGTON. ¡Ah! es verdad.

PEÑÚNURI. De pronto, nos conviene á los dos deshacernos del enemigo comun, de Krauss; despues, estoy seguro de que nos arreglaremos.

ARLINGTON. Todo es posible en la vida.

PEÑÚNURI. Pues amigo Arlington, dentro de unos cuantos minutos, huirán para Europa Krauss y Ernestina.

ARLINGTON. Esto es muy grave.

PEÑÚNURI. Usted no se separará de esta pieza, para que si alguno por casualidad los ve, no sospeche, supuesto que hay otra persona. Saldrán por esa puerta que conduce á un pasillo reservado, que tiene otra puerta de salida cuya llave está pegada.

ARLINGTON. ¿Pero está usted seguro de que está la llave?

PEÑÚNURI. Como está siempre la de esta puerta, que es el otro extremo del pasillo.

ARLINGTON. (*Véndose por esa puerta*). Quiero cerciorarme.

PEÑÚNURI. (*Solo*). Ya es mio; procura mostrar celo; mañana me arreglaré fácilmente con él. (*A Arlington que vuelve*). ¿Estaba la llave?

ARLINGTON. Sí: estaba.

PEÑÚNURI. Dejo á usted: voy á buscar á Krauss, para venir en el momento oportuno, en que nos mande avisar Ernestina que está lista; es cuestion de minutos.

(*Se va Peñúñuri por la puerta del fondo*).

ESCENA V

ARLINGTON.—ELEONORA.

ELEONORA. (*Saliendo por la segunda puerta de la izquierda*).

¿Arlington, usted aquí?

ARLINGTON. Ya lo ve usted. Pero observo en su rostro una melancolía, que no cuadra bien con quien mañana debe casarse.

ELEONORA. No podía estar en la mesa; esa cena es interminable; y beben y se rien como si estuvieran locos; creo que no acabarán en una hora.

ARLINGTON. Pero esto no me explica...

ELEONORA. ¿El que me case con Krauss? Pues sépalo usted, Arlington, aunque no deba decirlo más en mi vida: me caso porque amo á usted con todo mi corazón.

ARLINGTON. ¿Me ama usted?

ELEONORA. Sí: fué esto en un principio, simpatía inspirada por su bello carácter y por su talento; fué despues como admiracion, nacida al

comparar sus cualidades con los defectos de Krauss; y fué por fin la revelacion de un inmenso cariño, al ver que usted se iba á bati-
tir, que le podían matar . . . ¡y que yo me moría!

ARLINGTON. ¡Eleonora!

ELEONORA. Por salvarle á usted, nada más por usted, fui á ver á Krauss, y le ofrecí mi mano si desistía de ese duelo. Por haber ido, todos me creyeron deshonrada, y para lavar mi honra me caso: tengo ya un nombre que no debe mancharse.

ARLINGTON. Pero Krauss ha declarado ante todos la honra de usted.

ELEONORA. Pero tiene mi palabra.

ARLINGTON. Yo también tengo una promesa de usted, y es anterior: me empeñó usted su palabra de honor, de darme su mano el día que le probará que debía dudarse del amor y de la amistad. Muy pronto le reclamaré á usted esa palabra. Ya soy feliz con saber que usted cree amarme. Mas es preciso que vuelva usted al salón, hasta que yo la llame.

ELEONORA. No entiendo qué idea tiene usted; pero me voy.

ARLINGTON. Hasta muy pronto. Es usted un ángel.

(Se va Eleonora por el fondo).

ESCENA VI

ARLINGTON.—KRAUSS.—PEÑÚÑURI.—
ERNESTINA.

KRAUSS. ¿En cualquier mercado reciben estos billetes?

PEÑÚÑURI. Como oro.

(Al verlos entrar, se retira Arlington por la segunda puerta de la izquierda).

ERNESTINA. *(Saliendo).* Estoy lista.

KRAUSS. ¿Traes las alhajas?

ERNESTINA. En esta bolsa: no llevo más.

KRAUSS. Partamos.

(En este momento vuelve á salir Arlington).

PEÑÚÑURI. Buen viaje.

(Se van Ernestina y Krauss por la primera puerta de la derecha. Peñúñuri se dirige á la puerta del fondo para observar. Arlington se acerca á la puerta por donde salieron Ernestina y Krauss, cierra á dos vueltas, quita la llave, y se la guarda en la bolsa. Al ruido se vuelve Peñúñuri, y ve el movimiento).

ESCENA VII

ARLINGTON.—PEÑÚÑURI.

PEÑÚÑURI. ¿Qué hace usted?

ARLINGTON. Cerrarles, para impedir que se vuelvan.

- PEÑÚÑURI. Bien pensado. Hablemos ahora nosotros.
- ARLINGTON. Eso digo yo.
- PEÑÚÑURI. La fatalidad me arrastra, y es necesario que Eleonora sea mi esposa.
- ARLINGTON. Ya tuve el honor de decir á usted, que me encargaba de impedir que la fatalidad hiciera ese disparate.
- PEÑÚÑURI. Tambien le he dicho á usted, que es una locura ponerse en mi camino. Ya estamos bastante ligados, para que yo no me descubra.
- ARLINGTON. No hay necesidad: yo le diré á usted quien es.
- PEÑÚÑURI. ¿Usted?
- ARLINGTON. Sí: yo. La policía tuvo noticia de mi duelo con Krauss, y el superintendente pasó á notificarme que no permitía que el lance tuviera lugar en la ciudad. Se habló naturalmente de los padrinos, y entónces me dió de usted los siguientes detalles. Usted es un galeote escapado de Ceuta. El amo de la casa de comercio en que usted estaba cuando tenía veinte años, le puso un día la mano en el rostro: ciego de furor, le hundió usted en el corazon unas tijeras que sobre el mostrador estaban. Despues en el presidio, una mañana, luchaba usted por diversion con varios compañeros, en presencia de la esposa del alcaide de la fortaleza. Vendido tres veces, la esposa del alcaide se burló de usted; y usted sin saber lo que hacía, se arrojó sobre ella, y ántes de que pudie-

- ran separarle, la ahogó entre sus manos. Á poco se fugó usted.... y hoy es banquero.
- PEÑÚÑURI. ¿Nada más le contó á usted el superintendente?
- ARLINGTON. Nada más; pero me parece que es bastante.
- PEÑÚÑURI. Pues me alegro de que sepa usted quien soy, y lo que de mí puede temer. Pero volvamos á nuestro negocio. ¿Acepta usted mis proposiciones? Espero su resolucíon.
- ARLINGTON. Pues óigala usted.
- PEÑÚÑURI. ¿Pero no nota usted que sacuden esa puerta?
- ARLINGTON. Sin duda nuestros tórtolos dejaron, en su fuga precipitada, abierta la de la otra extremidad del pasillo, y el aire, al entrar....
- PEÑÚÑURI. No: si mueven la puerta.
- ARLINGTON. No haga usted caso, y escúcheme con mucha atencíon. Desde que conocí á usted comprendí que era un bribon.
- PEÑÚÑURI. Caballero....
- ARLINGTON. Déjeme usted continuar. Hay sin embargo en usted circunstancias atenuantes: no ha sido el vil interes el que le ha guiado en sus pretensiones respecto de Eleonora.
- PEÑÚÑURI. Es una verdadera pasíon, una pasíon inmensa.
- ARLINGTON. Á veces quiere el cielo que esas pasíones sirvan de castigo á los malvados. Pero vamos á nuestro negocio. Usted me ha ofrecido veinte mil pesos porque huya yo de Eleonora.

- PEÑÚÑURI. Sí: veinte mil pesos; en oro, no en billetes.
 ARLINGTON. ¿Por qué no en billetes?
 PEÑÚÑURI. El oro... es más bello... ¿Usted desconfía de mí?
 ARLINGTON. El rostro de usted parece negra nube, y todas las nubes negras encierran en su seno tempestades.
 PEÑÚÑURI. Estoy dispuesto á aumentar hasta treinta mil pesos en oro.
 ARLINGTON. Si usted es quien se va, le doy cincuenta mil.
 PEÑÚÑURI. ¿Quién es usted entónces?
 ARLINGTON. Y si no acepta, y no se va, le entregaré á la justicia.
 PEÑÚÑURI. Vea usted como sacuden la puerta.
 ARLINGTON. No haga usted caso.
 PEÑÚÑURI. Permítame usted que me retire.
 ARLINGTON. Antes contésteme usted.
 PEÑÚÑURI. Mis faltas han sido cometidas en España y en Ceuta: aquí no tengo que hacer nada con la justicia.
 ARLINGTON. Es verdad: la justicia es la que tiene que hacer con usted.
 PEÑÚÑURI. Me está usted injuriando.
 ARLINGTON. ¡Qué susceptible es usted, señor falsificador!
 PEÑÚÑURI. ¡Ah, mi secreto!
 ARLINGTON. Ayer le cambié á usted un poco de oro por papel, y el billete que me dió usted era falso.
 PEÑÚÑURI. ¿Se lo ha dicho usted á alguno?

- ARLINGTON. No valía la cantidad la pena de perder á un hombre.
 PEÑÚÑURI. Entónces estoy salvado, porque el único que me ha descubierto, usted, va á morir á mis manos.
(Saca un puñal, y se lanza sobre Arlington; pero éste violentamente se pone detras de un sillón, y con un revolver apunta á Peñúñuri).
 ARLINGTON. Si da usted un paso, le vuelo la tapa de los sesos.
 PEÑÚÑURI. ¡Oh furor!
 ARLINGTON. Deje usted ese puñal sobre la chimenea.
 PEÑÚÑURI. *(Dejándolo)*. Ya está.
 ARLINGTON. Siéntese usted en aquella butaca: si se mueve usted, le mato.
 PEÑÚÑURI. *(Sentándose)*. Obedezco.

ESCENA VIII

DICHOS.—ELEONORA.

- ELEONORA. ¡Ah!
 ARLINGTON. Viene usted á tiempo.
 ELEONORA. Impaciente de esperar...
 ARLINGTON. Comprendo. Ha llegado la ocasion de que me cumpla usted su juramento.
 PEÑÚÑURI. Si ustedes tienen que hablar...
 ARLINGTON. Cuidado con moverse.

PEÑÚÑURI. (*Aparte*). ¡Maldición!

ARLINGTON. Usted creía en el amor de Krauss y en la amistad de Ernestina; y me ofreció que si le probaba que eran una mentira, me daría su mano. Pues bien, hace algunos minutos que los dos salieron por esa puerta.

ELEONORA. La puerta se mueve.

ARLINGTON. Sí, porque allí están encerrados. Debían salir por la puerta del otro extremo del pasillo; pero había yo quitado desde antes la llave. Huían para Europa. ¿Es ya tiempo de que me conceda usted su mano?

ELEONORA. Sí, Arlington; y el alma entera.

PEÑÚÑURI. (*Aparte y queriendo levantarse*). Me siento morir.

ARLINGTON. (*A Peñúñuri*). Sin moverse.

ELEONORA. ¿Qué es esto?

ARLINGTON. Que el señor, después de haber sido cómplice de los fugitivos, quiso buenamente clavarle en el pecho ese puñal que está sobre la chimenea.

ELEONORA. ¡Ah, qué horror!

PEÑÚÑURI. Sí; porque yo la amo á usted; y mi amor es más grande, mucho más grande que el de Arlington; porque éste la cree dueña de un millón de pesos, que usted entregó á Mister Bull para que se emplease en acciones de la Occidental; y yo la amo á usted, sabiendo que ha quebrado la Compañía, y que está usted arruinada.

ELEONORA. ¡Arruinada!

ARLINGTON. No; supuesto que hoy mismo tendrá usted en mí un marido, que le sirva de apoyo en la vida.

ELEONORA. ¡Arlington!

ARLINGTON. Peñúñuri, ya ve usted qué feliz soy. No quiero que ustedes se pierdan. Tome usted las llaves, y huyan los tres.

(*En el momento en que Peñúñuri está abriendo la puerta, se presentan en el fondo Bull, el superintendente y varios policías*).

ESCENA IX

DICHOS.—BULL.—EL SUPERINTENDENTE.—
UNOS POLICÍAS.

SUPERINTENDENTE. Peñúñuri, dese usted á prision.

PEÑÚÑURI. ¿Yo? ¿por qué?

SUPERINTENDENTE. Acaba de descubrirse, en el banco de usted, la fábrica de billetes falsos. (*A la policía*). Llévenlo ustedes.

(*Sale Peñúñuri con los policías*).

SUPERINTENDENTE. Quiero ver á qué iba por esta puerta.

ARLINGTON. Voy á decirlo. Iba á unirse con Krauss y Ernestina....

BULL. ¿Mi mujer?

ARLINGTON. Se van á embarcar para Europa.

- BULL. Voy á matar á ese infame.
- ARLINGTON. Sería una torpeza cometer ese crimen. ¿Viviría usted feliz con una mujer que le ha engañado?
- BULL. Es verdad.
- ARLINGTON. (*Levantando las llaves que dejó caer Peñiñuri*). Voy á darles la llave de salida, y á recoger el saco de alhajas.
- BULL. Todas las facturas están en mi nombre: son mías.
- ARLINGTON. Su precio puede servir de base á una fortuna que levante el trabajo.
- BULL. Tal vez se lleva las acciones de la Occidental.
- ARLINGTON. (*Yéndose*). Ésas nada valen.
- BULL. ¿Cómo nada valen?
- ELEONORA. Porque la Compañía ha quebrado.
- BULL. Entónces he arruinado á usted.
- ELEONORA. ¡Qué menos podía esperar de mi... protector!

ESCENA X

DICHOS.—LAURA.—MARTINA.—CARLISLE.—
BUTTLER.—SOUZA Y TENYSSON *después*.

- LAURA. Nos retiramos, señor Bull. Pero ántes que-
remos participar á usted, que decididamen-
te nos casamos, yo con Buttler, y Martina
con Carlisle. Que el señor Krauss se case

- con la señorita: será un matrimonio igual,
gentes de teatro.
- ELEONORA. Yo me caso con Arlington.
- MARTINA. No crea usted que tuvimos nada; no se vaya
usted á encelar. Si me duelen las muelas,
le preferiré.
- SOUZA. (*Entrando con Tenysson*). ¿Nos vamos, niñas?
- SUPERINTENDENTE. (*Al verle*). Jaime, ya sabía yo que
estabas aquí. ¿Has hecho carrera?
- SOUZA. Señor, entré en la revolucion del Ecuador...
y soy general.
- TENYSSON. ¿Usted conocía á mi gran amigo?
- SUPERINTENDENTE. Cuando estuve de secretario de la
Legacion en el Brasil, Jaime era lacayo del
ministro.
- TENYSSON. ¡Puf!
- BUTTLER. (*A Laura*). Señorita, nuestro matrimonio es
imposible: hay que respetar la igualdad de
clases; el padre de usted ha sido lacayo; y
el mio fué mucho más, fué cochero.
- CARLISLE. Y el mio conductor de ferrocarril.
- ARLINGTON. (*Volviendo*). Ya se habían ido: encontré la
puerta del pasillo forzada; indagué, y supe
que partieron en un carruaje para embar-
carse.
- BULL. ¿Y las joyas?
- ELEONORA. Pronto consumirá el vicio su valor, y des-
pués quedará la miseria por compañera de
la falta. ¿Cree usted que no merece perder-
las por lo que ha hecho conmigo?

SUPERINTENDENTE. Tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber sin escándalo. Adios, señor Bull.... señoritas.... señores.... señor marqués....

(*Se va*).

TODOS. ¡Marqués!

ARLINGTON. Sí: marqués de Arlington, y el primer capital de Escocia.

ELEONORA. Siento no poder invitar á ustedes á mi boda; pero.... hay que respetar la igualdad de clases.

LAURA. (*Á Martina*). ¡Mira qué fastidiosa está!

MARTINA. (*Á Laura*). ¡Vaya con la marquesa.... bailarina!

ELEONORA. Decididamente, Arlington tenía razon en no creer en nada, pues ustedes ven que en el mundo de ahora todo es mentira. Mentira eran el cariño de Krauss, la amistad de Ernestina, la proteccion de Mister Bull; Peñúñuri el banquero no era más que un falsificador; el general un antiguo lacayo; estos jóvenes....

TENYSSON. Dispense usted: yo no seré precisamente diplomático, aunque pienso dedicarme á la carrera; pero tengo un empleo muy público.... vendo boletos de teatro.

ELEONORA. ¡El teatro! Allí conocí á Arlington, que es marqués y no dentista, como yo de bailarina me he convertido en condesa. Evidente-

mente todo es mentira en el mundo de ahora. Pero me ocurre una observación, Arlington. ¿Cómo, no creyendo en el amor ni en la amistad, te vas á casar conmigo?

ARLINGTON. Porque creo en algo que es más firme que el amor y más verdadero que la amistad.

TODOS. ¿En qué?

ARLINGTON. ¡En la virtud!

Telon.

